

El médico psiquiatra: una especie en extinción: Doctor Francisco Páez Agraz

EN UNA DE LAS VIDAS,
SEA LA QUE NOS TOCA VIVIR,
O DE LAS QUE SOMOS TESTIGOS
Francisco Páez Agraz

Robles-García R.

Investigadora en Ciencias Médicas, Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz.



El honor de escribir su semblanza para esta revista se me confirió a mí, su esposa; después de haber tenido el privilegio de ser su pareja durante sus últimos veintitrés años de vida. Pero no fue así que le conocí. Francisco fue primero, y siguió siendo siempre, mi más inspirador mentor; desde que tuve la oportunidad de cursar mi servicio social a su lado. Fue

para aprender a hacer investigación en salud mental. Me convencí que era con él con quien debía trabajar en aquella sesión clínica del Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz (INPRFM) donde mencionó, al final de su ya experta opinión aun siendo residente de la especialidad en Psiquiatría, a propósito de la discusión sobre la necesidad de consejo genético a una paciente con esquizofrenia que deseaba tener un hijo con su pareja: “*No olvidemos que, tal como señaló Prusiner, premio nobel de medicina por el descubrimiento de los priones: la injusticia genética habrá de resolverse con justicia social*”.

Francisco, mi maestro como el de tantos investigadores y profesionales de la salud mental, estuvo siempre preocupado por y ocupado de la comprensión integral del ser humano. No reducía la explicación causal de los problemas de un paciente, y mucho menos su tratamiento, a la alteración de factores biológicos indiscutiblemente asociados con los trastornos mentales. Su conocimiento al respecto era vasto, y se actualizaba constantemente a fin de dispensar intervenciones psicofarmacológicas efectivas; pero eso nunca le fue suficiente. Había que entender también la contribución e interacción dinámica y compleja de las características

psicológicas y sociales del comportamiento humano, y dedicar un esfuerzo cotidiano para modificarles a favor de la recuperación y buenaventura individual y colectiva. Terminaría convencido de la necesidad de avanzar rumbo a una psiquiatría comunitaria, de lo contrario ésta “*tendría que desaparecer; la salud mental continuaría en el antropoceno*”. Sin duda, necesitamos a muchos psiquiatras como él. Lamentablemente, en todo el mundo son muy pocos los médicos que optan por esta indispensable especialidad médica. “*Sin salud mental no hay salud*”, declaró hace tiempo la propia Organización Mundial de la Salud. Tampoco será posible entonces el bienestar y desarrollo social, valga agregar.

Guadalajara su cuna, Ciudad de México su casa

Él mismo lo narró así un día de su cumpleaños. Inició la carta fechando: Ciudad de México, Ciudad de la esperanza, 27 de Octubre de 2013. Siguió: “*Es ésta ciudad mi casa. Nací en Guadalajara, Jalisco hace 48 años. Mi padre, el Dr. Enrique Páez Casanova – alias MI APÁ, mi madre, Margarita Irene Agraz Brambila – alias MI AMÁ*”.

Y en otro documento contó, dejando claro lo formativas y divertidas que fueron su infancia y adolescencia:

“*Mi padre es un ilustre maestro de la Cirugía Gastroenterológica en el Occidente del país y mi madre una persona con amplia cultura de vanguardia que nos educó, en términos cotidianos, bajo un régimen de igualdad –sobre todo de género-. Asunto de gran valor posterior, pero que en la infancia detestaba. Eso de tender la cama todos los días, recoger los platos y limpiar la cocina después de comer –aunque había de las primeras máquinas lavaplatos-, acomodar la ropa y obedecer órdenes que uno consideraba absurdas. Resultaron ser herramientas básicas para una vida autónoma. No niego que aprendí a hacer bastillas a mis pantalones, poner botones a mis camisas, usar la máquina de coser, cocinar, e incluso tejer*

(experimentando el hecho que produce calma –hoy no dudo que es una actividad mindfull). Estudié hasta la secundaria en el Colegio Franco-Mexicano de Guadalajara y desde quinto de primaria me inscribieron en el anglo-mexicano para estudiar inglés. Lo odiaba y trataba de ignorarlo pero no asistir no era una opción. Durante la primaria acepto que mi ocupación central era el futbol. En verdad no sabía por qué me premiaban académicamente al término de los ciclos escolares. Hoy estoy convencido de que contestaba bien los exámenes por aquello de que no me regañaran. Y resultaba... En la tarde, surgía el reto central: futbol en la calle... Afortunadamente, mi padre no me inscribió a estudiar futbol (nunca dejé de ser malísimo) y quedé en calidad de aficionado”.

Otras de sus anécdotas más alegres de esta etapa giran en torno a los fines de semana explorando Chapalita y a las vacaciones familiares en la playa, donde por casi un mes se dedicaría a jugar con los hijos de los amigos de sus padres y con sus hermanos. Son cuatro: dos más grandes (Margarita, pintora, y Enrique, comunicólogo) y dos más chicos (Carlos, ingeniero, y Ana Lucía, arquitecta). Todos brillantes, es una característica de los Páez.

La preparatoria, la licenciatura y sus posgrados los estudiaria en instituciones públicas. En la Universidad de Guadalajara hizo la carrera de Medicina y a muchos de sus más entrañables amigos, incluyendo por supuesto al inmejorable Antonio Aviña. Como ya era de esperarse, se comprometió de lleno con su proceso de aprendizaje. Su padre me contó hace poco, a propósito de escribir este texto:

“Un gran recuerdo que tengo de él y que me llenó de orgullo fue que (al final del curso de clínica quirúrgica a mi cargo, que él tomó junto con los médicos de su generación) cuando tocaba calificar los exámenes y le di el suyo a uno de mis colegas para que lo calificara porque era el de mi hijo, este maestro se levantó luego de revisarlo detenidamente y dijo: ¡un cien! Es del hijo del Dr. Enrique Páez... Siempre estuve plenamente orgulloso de su manera de ser médico, su inteligencia, su afán de saber... desde niño leía hasta los diccionarios”.

Se trasladó entonces a la Ciudad de México para formar parte de la primera generación de psiquiatras del entonces Instituto Mexicano de Psiquiatría. Fue por recomendación del Dr. Eduardo Madrigal, quien le comunicó que el Dr. de la Fuente estaba en la búsqueda de candidatos con alto aprovechamiento académico. Después de un año de subespecialidad en psiquiatría de enlace y a la mitad de sus estudios de maestría en psiquiatría (bajo la tutoría

de nuestra tan querida Dra. María Elena Medina-Mora) fue contratado como investigador en ciencias médicas de la dirección de investigaciones clínicas del propio instituto, en ese tiempo a cargo de quien desde entonces le acompañó en muchos momentos importantes de su vida, el Dr. Humberto Nicolini. Ahí laboró ocho años, luego un par como jefe de investigación en el Hospital Psiquiátrico Fray Bernardino Álvarez; esta fue su década más productiva en términos de tesis dirigidas (43 a la fecha), publicaciones científicas (hoy más de un centenar) y trabajos presentados en congresos nacionales e internacionales (que suman ya 150). Sus números seguirán creciendo, pues quedó mucho en el tintero. Recientemente acordé con nuestra incondicional amiga, la genial Ana Fresan, que terminaremos y publicaremos si no todos, la mayoría de los artículos que dejó en preparación.

Un científico de la salud mental en México

Así se definió Francisco a sí mismo en otro de los textos que encontré entre sus archivos en la computadora de casa donde tanto leía y escribía. Agregó después: *“La verdad es que dedicarme a la ciencia resultó ser el motor de una existencia más que divertida. Con sus cositas, cómo todo en la vida”*. Esa pasión por la ciencia contagió a muchos, y se sentía orgulloso de quienes seguimos sus pasos, primero como sus colaboradores, luego como investigadores independientes. A Francisco le gustaba mucho enseñar, era generoso al compartir sus conocimientos, sea en las horas que dedicaba formalmente a la docencia en la Universidad Iberoamericana o el Instituto Mexicano de Psicoterapia Cognitivo Conductual, o en los cursos gratuitos que muchas veces impartía a residentes de psiquiatría y a cuanta institución o persona se lo solicitara. Daba alas a sus alumnos y sonreía satisfecho al vernos volar. Cuando recibí como obsequio una pequeña y bella monedita por la graduación de psicóloga de la primera alumna a la que le tuteó su tesis corrí a ofrecérsela a él. Me pidió que la regalara mejor a quien estuviera segura que se comprometería a cambio con la formación de alguien más de la manera desinteresada y competente que se requiere en nuestro amado México. Así lo hice, desde luego. Desde entonces, cada uno de mis aciertos lo nombra también.

La investigación científica para Francisco debía ser una que generara acción, que resolviera al menos en parte algunos de los tantos problemas que aquejan a las personas que padecen trastornos mentales. Le interesaban las soluciones para muchos, la salud mental pública. Desde esta perspectiva debe hacerse un esfuerzo importante por gestionar conocimiento y lograr su traslación

con base en políticas públicas y modelos de atención basados en evidencia. A eso dedicó el resto de su vida como científico. No dudó en aceptar el liderazgo para el estudio de trastornos mentales en centros penitenciarios del país que sirviera para la planeación y desarrollo del primer hospital psiquiátrico penitenciario en México, el de Cuautla, Morelos. Esto tras su experiencia como psiquiatra en el centro penitenciario de máxima seguridad de Almoloya de Juárez, a donde acudía algunas tardes luego de sus labores en el INPRFM (el resto de sus tardes las disponía a la consulta privada, que nunca dejó del todo, no debía hacerlo, era también un clínico magnífico). Tampoco titubeó en aceptar apoyar al Dr. Benjamín Becerra para gestionar la creación del Instituto Jalisciense de Salud Mental (SALME) con base en el planteamiento de las necesidades de atención en salud mental del Estado que detectaron mediante el estudio epidemiológico que idearon y condujeron para tal propósito.

SALME, su más grande logro profesional

Francisco se sentía orgulloso de SALME desde el día en que se concretó la posibilidad de desarrollarlo, cuando aún no tenía ni nombre. Le fascinaba la sola idea de poder colaborar para que existiera una instancia estatal encargada de organizar los servicios de salud mental con base en evidencia científica, una orientado a la recuperación de las personas con trastornos mentales graves mediante un sistema de rehabilitación comunitaria; una que, de acuerdo con los lineamientos de la Organización Mundial de la Salud, resolviera la brecha de atención a las enfermedades mentales mediante la incorporación de servicios de salud mental en módulos comunitarios y a través de la capacitación de profesionales de la salud laborando en el primer nivel de atención; una que diera a sus residentes de psiquiatría, que crecían en número y competencias año con año, la oportunidad de

una formación de alto nivel. Y esta institución es SALME hoy.

Después de SALME regresamos a la Ciudad de México; Francisco se incorporó a los Servicios de Atención Psiquiátrica (SAP) de la Secretaría de Salud bajo el liderazgo de nuestro querido Dr. Eduardo Madrigal. Tenía la firme idea de extender esta experiencia de SALME a la Ciudad de México; de hecho preparó un protocolo de investigación para iniciar con el desarrollo del sistema de desinstitucionalización y rehabilitación comunitaria para personas con trastornos mentales graves atendidas en los hospitales psiquiátricos de alta concentración que forman parte de SAP. Hoy, el equipo de investigación que ahí se integró avanza día a día en este y otros proyectos que ya son una realidad en SALME Jalisco. Francisco nos ha inspirado a muchos a continuar trabajado para mejorar los servicios de salud mental implementando investigación de traslación a favor de quienes tanto nos necesitan.

Francisco era además cultísimo, no solo leía de medicina, psiquiatría, psicología, sociología, filosofía y psicoterapia, igualmente disfrutaba de novelas, cuentos y poesía (que también escribía); lo primero que hacía a diario era consultar al menos un par de periódicos (uno nacional y otro internacional). Cocinaba muy rico y gustaba de caminar por horas y de compartir el tiempo libre con su pareja y amigos. Era sereno y el médico gratuito las 24 horas para todos los que así lo necesitaban. Para rematar guapísimo, de izquierda y el hombre más bueno que he conocido. También el más tímido, terco y parresico (como se autocalificaba). La combinación de sus virtudes y defectos me resultaba adorable. No sólo hacen falta más médicos y psiquiatras como él, necesitamos a más personas como él. Al menos lo intentaré, mi amor, te prometo.

